

Antropología filosófica para todos

¡Que no te vivan!

Por NARCISO DE LA IGLESIA RODRÍGUEZ, SDB

El mayor absurdo y frustración consiste en *vivir por vivir*, *vivir vegetando*. Aunque es peor “que te vivan”, es decir, que otros se apoderen de tu vida y te hagan vivir lo que a ellos les conviene.

La más simple reflexión filosófica te diría que entonces no estás siendo tú, que te estás traicionando, que así no vas a ninguna parte o, si vas a alguna, es al sinsentido de la vida y a la desintegración de tu personalidad. Y te sentirías enajenado, vendido, hipotecado, alienado..., y muchas más cosas parecidas.

La Antropología Filosófica, que significa el conocimiento del hombre a la luz de la Filosofía, puede ayudarnos a descubrir lo mucho que valemos. Tanto que no podemos vendernos por nada del mundo ni nadie ha de osar comprarnos.

Por muchos títulos, la Antropología Filosófica es una ciencia excelente y sublime; posee una altísima dignidad porque el hombre es lo más perfecto que hay en el universo. En cuanto a la vida práctica, la Antropología Filosófica resulta quizá el saber más servicial de todos cuantos desarrolla el hombre: es la ciencia directiva y orientadora de todos sus conocimientos y de todas sus actividades. Porque la auténtica filosofía está a disposición de la vida humana, es decir, se debe vivir filosofando y, al mismo tiempo, filosofar viviendo con toda intensidad los valores humanos para alcanzar así los mejores indicadores de existencia como seres humanos.

Toda actividad humana depende del conocimiento y cuando esta se aparta de la verdad o la ignora, sus actos y su libertad se corrompen. Por triste que parezca hay muchos, a veces pueblos enteros, que por vagancia o cobardía “dejan que les vivan”, y no se atreven a pensar por sí mismos. Por miedo o dejación huyen de la seria reflexión personal, embaucados por personajes ficticios de las “novelas rosa” de la tele o entrando en el juego vano del chisme que corre de boca en boca para entretener el estómago vacío de la conciencia.

Si existe un fin de nuestros actos querido por sí mismo, y los demás por él, ese fin no sólo será bien, sino bien soberano. Entonces, una vez pensado, hay que ir tras él por iniciativa propia, aunque sea jugándonos el tipo ya que en ello apostamos nuestra propia personalidad.

Nuestros tiempos, que ofrecen maravillas de una civilización técnica sorprendente e inconmensurable, reclaman angustiosamente la presencia y orientación de una sabiduría de los humanos, una antroposofía, que recupere la dignidad humana y el puesto directivo del ser del hombre en el universo. La técnica es para el hombre, no el hombre para la técnica. El hombre vale más por lo que es que por lo que fabrica.

Se descubrirá entonces como un ser libre con un destino trascendente, atraído por el Creador, sabio Arquitecto, que le ha regalado inteligencia y valores más que suficientes para conocerse en profundidad y vivirse en plenitud hasta un grado de felicidad aceptable sin tener que recurrir a sucedáneos artificiales ni a la apostasía de su personalidad en beneficio de otros.

Quien no se conoce, enseguida se vende a cualquiera. Bien quedó escrito, “conócete a ti mismo”, como norma de oro para alcanzar la felicidad. La Antropología Filosófica se presenta como una disciplina indispensable para llegar al conocimiento de la Persona Humana. Engloba conocimientos esenciales que son fundadores de las bases que, en un principio, ayudarán a conocer, entender, comprender y posteriormente influir en dicha Persona. Así, pues, fundamenta la existencia humana el de dónde vengo, qué soy, qué sentido tiene mi existencia y cuál es mi destino.

ESPACIO LAICAL

Se trata, pues, de dedicar más tiempo al estudio y reflexión del propio ser, de sus posibilidades, valores, virtudes y facultades desde la trascendencia porque parte de la importancia de esto radica en encontrar un sentido a la vida del hombre, en no caer en el vivir por vivir y en explotar las capacidades naturales del ser humano y no hacerlo vivir vegetativamente.

La Antropología Filosófica tiene su propio método en la búsqueda de la verdad: parte de la experiencia, analiza sus evidencias, después emplea el análisis y las síntesis mentales, define de modo propio, prueba, objeta, y en particular recurre a la introspección. En sentido amplio, la introspección es la mirada que el hombre orienta a su interior o a la conciencia para considerar la naturaleza y el desarrollo de los actos psíquicos. Tomás de Aquino afirmaba que la ciencia del hombre posee certeza porque la podemos experimentar en nosotros mismos.

Aquél “conócete a ti mismo” va encaminado a “sé tú mismo”, es decir: diáfano, veraz, auténtico, consecuente para así vivir tu vida desde ti mismo. Casi todos estamos hartos de mentiras. Dentro y fuera hay un ambiente de falsedad y de intereses ocultos que no nos permite tomar posición y aclararnos desde dentro. Parecemos enfermos del alma, tan débiles, que apenas podemos pensar por nosotros mismos. Y es necesario conocer la verdad, en primer lugar, de nuestro ser y también, indispensablemente, de los acontecimientos que nos llegan. Eso no puede lograrse sin datos, sin claridad en los mismos, sin conocer la verdad. Una verdad que alimenta la vida como si fuese la sangre del alma.

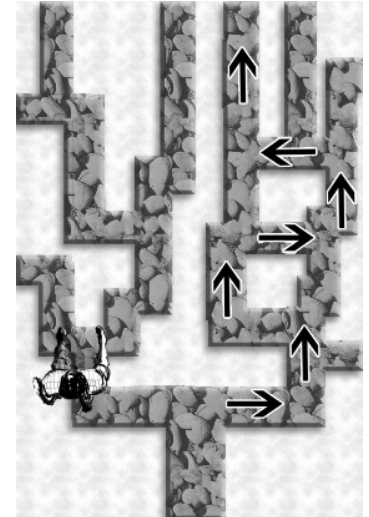
De ahí surgirá lo que suele llamarse “una persona madura”, respuesta a una llamada interior que pide desde dentro: “*Se tú mismo, muéstrate tal como eres, actúa limpiamente con claridad, mantente coherente con tus principios*”...

Ahí tenemos el gran peligro en la vida social: permitirse la mentira y dejar que te vivan. Por comodidad o porque crees que no hay más remedio estando las cosas como están. La relación tan jerarquizada de unos y otros, la cantidad de esfuerzo que se realiza para “resolver” el pan nuestro de cada día, la necesidad de reconocimiento, el deseo de tener éxito para conseguir algo material, el hacer creer que otros mundos nos admiran, nos ponen en el peligro de nos fieles a nosotros mismos. Podemos actuar no siendo veraces. De ahí que sea necesario un poco de antropología filosófica para situarnos, no perdernos y que no nos pierdan.

Y uno hace dejación de su vivir como ser autónomo, único e irrepetible, de valor absoluto, cuando no solamente abandona la búsqueda de la verdad, sino cuando se dedica al cultivo de la mentira o vive en ese ambiente.

Suele ser esta la situación más grave que envilece a la persona porque se trata, no de algo casual, sino de una actitud constante. En la vida social hay quienes mienten descaradamente, quienes buscan, a veces, medrar a costa de lo que sea. En dichos casos, casi siempre se logra descubrir que estos comportamientos no son sinceros y, por tanto, los demás adoptan posturas claras de desconfianza, de distanciamiento e incluso de desprecio. Cuando se repite esto de un modo persistente, puede darse un caso de patología psicológica llamada *pitiatismo*. El *pitiático*, a base de decir lo que no es verdad, llega a convencerse de que está diciendo las cosas como son y se cree sus propias mentiras. Propiamente *ya no miente*, pero entra en un estado psicológico de confusión y de embrollo personal que nos habla de enfermedad y de falta de higiene mental. Entonces sí que ya está uno vendido porque se está lo más lejos posible de la verdad, de querer encontrar la verdad, de vivir en verdad. Están perdidos y, con frecuencia, pierden a todo un mundo.

Qué claro lo dejó dicho, de mil maneras, Jesús, el Maestro: *la verdad les hará libres*. Verdad, libres, vida... un trinomio indispensable para ser uno mismo. Y ser feliz.



...un ser libre con un destino trascendente, atraído pro el Creador, sabio Arquitecto, que le ha regalado inteligencia y valores más que suficientes para conocerse en profundidad y vivirse en plenitud hasta un grado de felicidad aceptable...

Y si no dejas que te vivan, te engañen o te manipulen, contagiarás a otros para que vivan su propia vida sin ingerencias extrañas. Serás como una luz para ellos. Te lo digo con un cuento:

Hu-Song, filósofo asiático, contó a sus discípulos la siguiente historia:

“Varios hombres habían quedado encerrados por error en una oscura caverna donde no podían ver casi nada. Pasó algún tiempo, y uno de ellos logro encender una pequeña tea. Pero la luz que daba era tan escasa que aún así no se podía ver nada. Al hombre, sin embargo, se le ocurrió que con su luz podía ayudar a cada uno de los demás prendieran su propia tea y así, compartiendo la llama con todos, la caverna se iluminó.

Uno de los discípulos preguntó a Hu-Song:

- ¿Qué nos enseña, maestro, este relato?

Hu-Song contestó: Nos enseña que nuestra luz sigue siendo oscuridad si no la compartimos con el prójimo. Y también nos dice que el compartir nuestra luz no la desvanece, sino que por el contrario, la hace crecer”.

El compartir la propia verdad nos enriquece. Los momentos más felices son aquellos en los que podemos compartir la vida auténtica que nosotros vivimos.

Bueno, pues la Antropología Filosófica va en esta dirección: ayudar a encontrar y comprender la verdad del ser humano en sí mismo y en sus manifestaciones. Algo muy práctico, por cierto, y con una meta muy clara: ser uno mismo y no dejar que nadie nos viva nuestra propia vida. Así de claro, cierto y rotundo.